

mismo le había confiado. También le expuso muchas otras razones á las cuales se rindió, á condición que irían juntos á Constantinopla para obtener del emperador la demolición de los templos de Gaza. Fueron, pues, por mar, y pasando por Rodas visitaron allí un santo anacoreta, llamado Procopio, que llevaba una vida muy austera en los ayunos y vigiliás, y en una grande pobreza.

Dios había concedido á Procopio el poder de echar los demonios y el don de profecía. Jamás había visto á estos dos prelados, pero el espíritu de Dios se los hizo conocer. Los saludó con el respeto debido á su carácter, y les predijo que obtendrían del emperador lo que deseaban. Les indicó los medios que al efecto debían emplear, y en particular que podían asegurar á la emperatriz que bien pronto daría á luz un príncipe, lo que ella vivamente deseaba.

A su llegada á Constantinopla fueron á saludar á san Juan Crisóstomo, á quien informaron del motivo de su viaje; y este santo, á quien la emperatriz Eudoxia había indispuerto con el emperador por razones que se pueden ver en su historia, los recomendó á Amancio, camarero de la princesa, quien privaba mucho con ella y era hombre de bien y amigo del santo patriarca. Amancio hizo que los dos prelados fuesen recibidos por Eudoxia con distinción. Esta se encargó de solicitar con todo empeño al emperador su deseo; lo que ejecutó aún con más ardor cuando le hubieron asegurado que tendría un hijo, que viviría y reinaría después de su padre; pues hasta entonces sólo había tenido hijas.

El cumplimiento de la predicción llegó bien pronto colmando de alegría á toda la corte; y el día en que se bautizó á este pequeño príncipe el emperador despachó la demanda de Porphyrio, lo que antes había tenido dificultad en conceder por entero, queriendo que se contentasen con cerrar los templos. Pero san Porphyrio, que por experiencia

había visto que la orden que se había dado por el primer edicto no había producido gran efecto, pidió la demolición de los templos y de los ídolos, la dispensa de tributos y otras gracias para la iglesia de Gaza, que era pobre, y para los cristianos de la misma ciudad. Obtuvo, pues, á lo lleno cuanto deseaba; Dios le había prometido este feliz éxito algunos días antes en una visión. El emperador y la emperatriz añadieron á esta gracia grandes sumas, tanto para los gastos de los dos obispos como para edificar una iglesia en medio de Gaza, con un hospital para recibir y mantener á los forasteros por espacio de tres días. La emperatriz ya había prometido á san Porphyrio, cuando le predijo el nacimiento del hijo que dió á luz, que, si esto sucedía, edificaría esta iglesia á sus expensas.

Habiendo pasado las fiestas de Pascua los dos santos obispos volvieron á Palestina. En el camino querían detenerse aún en Rodas para volver á ver al anacoreta Procopio; pero el piloto no lo quiso, pretextando que el viento era favorable y que convenía aprovecharlo para continuar el viaje. No era este el verdadero motivo de su negativa; pero Procopio lo explicó la noche siguiente á san Porphyrio en una aparición, en la cual le dijo que este piloto era ariano. Dos días después fueron batidos por una tempestad tan violenta, que el piloto creyó perecer. Los dos prelados le prometieron que él y su navio se salvarían, si quería renunciar á su herejía. Quedó admirado al ver que habían penetrado los sentimientos de su corazón; adjuró sus errores, se hizo católico, y la tempestad cesó.

Abordaron felizmente en Majuma, donde el pueblo, que tenía tanto celo por la fé como los idólatras de Gaza lo tenían por su pretendido dios Marnas, los recibió cantando salmos y los condujo á Gaza. San Zenón era entonces su obispo. Los cristianos de Gaza fueron delante de ellos con la cruz, y entonces la estatua de Venus, que era de már-

mol y estaba en una encrucijada para servir de adorno, ella misma cayó y se hizo pedazos al momento en que la cruz pasaba por delante de ella. Su caída fué funesta á dos paganos que estaban allí burlándose de los cristianos, pues quedaron aplastados por ella ; y este accidente milagroso convirtió al momento treinta y nueve paganos.

Mientras tanto Cimgio, consejero de estado, hombre de piedad cuyo celo estaba á la prueba del oro de los idólatras, que había corrompido á los otros oficiales, fué elegido de la corte para ejecutar la orden del emperador. Llegó á Gaza diez días después que los dos prelados, acompañado del gobernador, del general de las tropas y de los soldados necesarios para amparar la ejecución. Había ocho templos en la ciudad, sin contar los ídolos adorados en las casas particulares y en la campiña, que eran muy numerosos ; pero el más celebre de todo el país era el de Marnas, bajo cuyo nombre pretendían adorar al Júpiter de Creta.

Quisieron empezar por este la demolición ordenada, por ser el primero en categoría ; pero lo encontraron también resguardado por dentro, que difirieron su destrucción hasta después de haber destruido los otros que los soldados incendiaron después de haberlos saqueado. Ningún cristiano de la ciudad quiso tocarlos, por habérselo prohibido san Porphyrio. Esta demolición duró diez días, después de la cual deliberaron sobre la suerte del templo de Marnas. Vacilaban entre incendiarlo ó purificarlo para convertirlo en una iglesia. San Porphyrio ordenó rogativas y un ayuno para conocer la voluntad de Dios ; esta se manifestó por la voz de un niño de siete años, quien, mientras se ofrecía el sacrificio, gritó en nombre de Jesucristo que se debía incendiar el templo hasta los fundamentos á causa de los crímenes que en él se habían cometido y por haberse sacrificado hombres : Hé aquí cuales eran las abominaciones secretas de los paganos, y cual era el espíritu de crueldad

que el paganismo les inspiraba. El infante también indicó como debían proceder para reducirlo á cenizas, y añadió que enseguida debían edificar una iglesia en el mismo lugar.

San Porphyrio, quien lo dirigía todo con prudencia, quiso asegurarse si este infante había hablado así por consejo de su madre á quien interrogó para esto. Ella protestó con juramento que ni aún lo había tenido en el pensamiento, y el niño repitió en griego todo aquello que antes había dicho en su lengua siriaca, bien que ignorase el griego como también su madre. El Santo quiso dar alguna moneda á ésta ; pero su hijo exclamó : « Guardaos bien, madre mía, de recibirlo, no vendáis así el don de Dios. »

Emplearon los medios que este niño había marcado para quemar el templo, y bien pronto quedó consumido con todos los ídolos y todos los libros de encantamientos que se pudieron encontrar. Mientras se deliberaba sobre la forma de la iglesia que se debía levantar en su lugar, la emperatriz Eudoxia envió el plano en forma de cruz, siendo precisamente así como san Porphyrio lo había deseado. Si el templo de Marnas había sido uno de los más hermosos que los paganos hubiesen jamás tenido, la iglesia que edificaron sobre sus ruinas fué digna de la magnificencia de la emperatriz que la costeaba. Se concluyó en cinco años, y la llamaron la basílica Eudoxiana del nombre de su fundadora. De todas partes iban á verla ; y en efecto era uno de los más hermosos edificios del mundo.

La colocación de la primera piedra se hizo con todo el aparato religioso que la podía hacer augusta y respetable. Se prepararon á ella, según la orden del Santo, por un día de ayuno ; todo el pueblo se reunió en la iglesia de santa Irene con instrumentos propios para cavar la tierra ; y de allí partió en procesión precedido de la cruz levantada, entonando himnos y cánticos, formando los soldados el doble

cordón para impedir las insolencias de los paganos. En este orden llegaron al lugar destinado que habían tenido cuidado de limpiar; san Porphyrio se hincó de rodillas, rogando algun tiempo, después de lo cual habiendo ordenado empezar el trabajo, cada uno se portó en él con un ardor increíble; de suerte que en pocos días los fundamentos quedaron hechos. Enseguida el Santo reunió de nuevo el pueblo; se hicieron muchas rógativas; se cantaron salmos, y habiendo empezado el primero á echar piedras en los fundamentos, los eclesiasticos hicieron lo mismo después de él, y enseguida todo el pueblo, con esos sentimientos de alegría que el celo de la gloria de Jesucristo excitaba en su corazón.

Este día fué también célebre por un milagro que hizo el Santo. Tres infantes habían caído en un pozo muy profundo; san Porphyrio rogó por ellos postrado en tierra por espacio de una hora, y los sacaron de allí sin daño alguno; al mismo tiempo se encontraron señalados con una cruz que duró largo tiempo, lo que fué causa de la conversión de muchos infieles. Hubo trescientos que abrazaron la fé el mismo año, y muchos los imitaron en los años siguientes. El santo Obispo los animaba con aquella caridad que nacía del ardiente deseo que tenia de su salvación. Los instruía durante un tiempo considerable antes de darles el bautismo, y continuaba aún haciéndolo después que lo habían recibido, no despreciando nada para hacer de ellos excelentes cristianos.

Mientras se estaba edificando el templo, fué á Gaza una mujer maniquea, llamada Julia, con la intención de difundir por allí sus errores. Debía de ser, ó temeraria, ó de las más instruidas en su secta, pues no temió entrar en discusión con el Santo. Marcos, su historiador, había escrito esta conferencia que fué pública; pero esta obra no ha llegado hasta nosotros. El Santo, después de muchas razones capaces de convencerla, viendo que no se quería rendir á la

verdad, le dijo que el Dios de quien ella blasfemaba la iba á cerrar la boca; al mismo tiempo su aspecto cambió, un temblor se apoderó de todo su cuerpo, perdió la palabra y poco tiempo después murió en este estado. Este castigo abrió los ojos á algunos cristianos que se habían dejado engañar por las apariencias de su piedad exterior, y muchos paganos también se convirtieron.

Así aumentaba en Gaza el número de los cristianos, y san Porphyrio lo había bien previsto, cuando dando las medidas de su basílica, como se admirasen de que la hiciera tan grande, visto que había tan pocos cristianos, respondió que un día sería demasiado pequeña, porque nuestra religión es la obra de Dios, y no de los hombres.

Aunque su grey aumentaba así poco á poco, los paganos que permanecían obstinados estaban siempre más irritados por verla crecer. En fin, entregándose un día á su furor mataron siete cristianos, y de allí se dirigieron á la casa episcopal para despedazar al Santo. El Santo fué advertido de ello, y se salvó con Marcos en una casa vecina, en donde se estuvo oculto durante esta especie de sedición que fué de dos días. Halló en esta casa una joven de catorce años que no tenía allí mas que á su abuela paralítica á la cual nutría con su trabajo. Esta joven no era cristiana, pero deseaba serlo. El Santo la instruyó y la bautizó con su abuela y una tía que tenia. Luego este pensó en casarla; pero ella le dijo que después de haber recibido de él á Jesucristo por esposo, ya no podía pensar en hombre alguno. Después de la muerte de su abuela el Santo la puso bajo la dirección de una diaconesa y le dió el hábito regular, se entiende el hábito de virgen. Su nombre era Salaphta, que en siriaco significa la paz. Vivió en una grande piedad y practicó austeridades extraordinarias. Su ejemplo atrajo á muchas otras jóvenes que la quisieron imitar, y ella en Gaza llegó á ser la gloria y la edificación de la Iglesia.

Sin embargo habiéndose apaciguado el tumulto por la punición de los culpables que el gobernador había mandado prender, y enviados á Cesárea para sufrir allí el castigo que merecían, y que se había hecho necesario para contener á los otros por el temor, san Porphyrio trabajó para santificar su Iglesia con la disciplina más regular. Rogó con todo el ardor posible para obtener de Dios la conversión de todos aquellos que aun eran paganos. Estaba lleno de compasión por ellos, viéndolos entregados al demonio y que por su obstinación se preparaban para las llamas eternas ; esto es lo que le hacía implorar de continuo la misericordia de Dios para que los alumbrara y tocara su corazón. Velaba sin cesar sobre toda su grey para conservarla en la piedad. Exigía de su clero que sirviera de modelo de virtud á todo el pueblo. Nutría asiduamente á este pueblo con la palabra de Dios, no empleando para ello una elocuencia pomposa y estudiada, por más que fuese muy capaz de esto ; sino con instrucciones sencillas y sólidas que sacaba de los Libros santos.

Su humildad brillaba lo mismo en todas sus acciones que en sus palabras. Amaba á los pobres y se hacía más pobre que ellos para asistirlos ; pues les hacía grandes larguezas de los bienes de su Iglesia, después de haber dado los suyos propios ; y aquello que se reservaba para su sustento era tan poca cosa, que se puede decir que se olvidaba de sí para no ocuparse más que de las necesidades de aquellos. También por su testamento les dió pruebas de su ternura pastoral, y, así enriquecido de virtudes y de buenas obras, este gran hombre, al principio ya lo había abandonado todo para vivir en el retiro, oculto con Jesucristo en Dios, según la expresión de san Pablo, y que después se había sacrificado para su gloria en la penosa administración de su diócesis ; este gran hombre, digo, igualmente grande en la soledad que en el episcopado, mu-



Saint Jérôme

Sin embargo habiéndose apaciguado el tumulto por la punición de los culpables que el gobernador había mandado prender, y enviados á Cesárea para sufrir allí el castigo que merecían, y que se había hecho necesario para contener á los otros por el temor, san Porphyrio trabajó para santificar su Iglesia con la disciplina más regular. Rogó con todo el ardor posible para obtener de Dios la conversión de todos aquellos que aun eran paganos. Estaba lleno de compasión por ellos, viéndolos entregados al demonio y que por su abstinencia se preparaban para las llamas eternas; esto es lo que le hacía implorar de continuo la misericordia de Dios para que los alumbrara y tocara su corazón. Veía que caer sobre toda su grey para conservarla en la piedad. Rogó de su clero que sirviera de modelo de virtud á todo el pueblo. Nutría asiduamente á sus hijos con el estudio de Dios, no empleando para ello una doctrina elevada, sino una sencilla, por más que fuese muy capaz de servir á las necesidades sencillas y sólidas que nacían de sus hábitos.

• Su humildad brillaba en todas sus acciones que en sus palabras. Amaba á los pobres y se hacía más pobre que ellos para asistirlos, pues les hacía grandes larguezas de los bienes de su Iglesia, después de haber dado los suyos propios; y aquello que se reservaba para su sustento era una poca cosa, que se puede decir que se olvidaba de sí para ocuparse más que de las necesidades de aquellos. Testamento por su testamento les dió pruebas de su ternura paternal, y así enriquecido de virtudes y de buenas obras, que gran hombre, al principio ya lo había abandonado todo para ir en el retiro, oculto con Jesucristo en Dios, según la expresión de san Pablo, y que después se había sacrificado para su gloria en la penosa administración de su diócesis; este gran hombre, digo, igualmente grande en la soledad que en el episcopado, mu-

Tome 3.



Croni dms.

Imp. et. Chouva. dms. Paris.

Saint Jérôme.